© Post-apocalíptica
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Septiembre 2024
© Vincenzo Guazzini Guevara
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Camilo Palma
Corrección de textos: Gabriela Balbontín
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Providencia 2594, local 417, Providencia, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual:




Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

# Prólogo



*No sigas… detente. Si lo haces te arrepentirás*, dijo aquella dulce y sutil voz que el profesor Aleister había escuchado en los últimos días. *Esto no es algo que los humanos deban hacer, nosotros los salvamos para que vivieran en paz. Si sigues haciéndolo, acabarás con la armonía que ha reinado por tantos años.* ¿Olvidaste cuánto tardó la humanidad en encontrar la paz? *Aleister, si sigues… tendremos que intervenir, y sabes que son inferiores a nosotros…* concluyó aquella voz cuando Aleister despertó.

"Es la misma voz…", se dijo a sí mismo, "pero no es tiempo de pensar en eso, debo seguir con el proyecto".

Se levantó del sillón, se humedeció las manos y el rostro pálido y arrugado, tomó su delantal blanco y salió de la oficina. Se dirigió a la sala principal para reunirse con los altos mandos de la industria, que contaba con algunas autoridades del país. Cuando llegó a la gran sala, antes de golpear la puerta, se detuvo un instante para meditar una última vez sobre lo que las palabras de su sueño le decían. Esa voz debía ser producto del estrés. Rotundo golpeó la gran puerta y, cuando se abrió, entró sin vacilar.

Había alrededor de veinte soldados bien armados. Tras ellos estaban las autoridades acomodadas en unos asientos gigantescos para demostrar su alta jerarquía.

Aleister ya había pasado por aquella sala varias veces en su vida y no se sorprendió, más bien se preguntaba si pensaban, alguna vez, remodelar aquel anticuado recinto. Los asientos estaban conformados por los tres comandantes de las fuerzas de seguridad de la empresa: el general del cuerpo de infantería, la almirante de la marina y el general del aire; junto a ellos, el director de la agencia de seguridad interna y el director de la guardia; los otros cincos asientos eran de los accionistas con mayor peso, entre ellos, dos representantes del parlamento —una diputada y un senador—, un sujeto silencioso de corta edad , el gerente de la industria, conocido como el mayordomo, y el presidente de la compañía.

Todos lo miraron fijamente, no obstante, Aleister no se inmutó. Tras unos segundos de silencio, el presidente habló:

—Mi querido, Aleister, ¿cómo vas con el proyecto? —preguntó con una recalcitrante seriedad, que resonó en aquel salón.

—Todo va según lo estimado. Si seguimos así, en dos semanas estará concluido —respondió tajantemente el profesor.

—Eso suena bien, Aleister, sin embargo, debo pedirte que aceleres la fecha de término del proyecto —indicó sin rodeos y sin dejar de lado su talante serio.

—¡Pero, eso es imposible, no se puede hacer, el proyecto debe seguir su curso! —replicó con cierto recelo. No estaba preparado para dicha petición.

—Lo lamento, pero debes adelantar la fecha —insistió.

—Pero, ¿por qué? —Aleister comenzaba a exaltarse.

—Las superpotencias comenzarán la guerra en breve, y nuestro país debe estar preparado —el presidente hablaba tranquilo—. No es un secreto que quieren apoderarse de América Latina por sus recursos, en especial de nuestro

país, para tener control de la mar del sur, y ellos tienen algo que nosotros no: mutantes… si aparecen esos monstruos, seremos aplastados de inmediato.

—Lo entiendo, pero… no se trata de querer acelerar el proyecto o no, eso es algo que no se puede cambiar, si eso fuera mínimamente posible, créame que hace tiempo lo habría ejecutado —Aleister sudaba a causa de los nervios.

—Se lo advertí, señor presidente, él no tiene las agallas para iniciar el proyecto, eso habla mal del científico más importante de nuestro país —intervino el general de infantería, pero el presidente le lanzó una mirada atemorizante que lo dejó en silencio de manera instantánea.

—Comprendo, Aleister, pero no tenemos más opción. El proyecto Escarlata es nuestra única esperanza —replicó el presidente.

—Debió invertir el dinero en misiles nucleares en vez de esto —intercedió el senador.

—No, eso solo traerá más problemas, es mejor recurrir a un medio alternativo y más seguro —dijo la diputada con apacibilidad—. Las consecuencias ambientales serían desastrosas.

—¿Desde cuándo a usted le preocupa el medioambiente? —cuestionó el otro congresista.

—¡Silencio! Las armas nucleares podrían generar graves consecuencias. ¿O acaso olvidaron el parque radioactivo de Asia? —Cuando el presidente dijo aquello, todos en la sala bajaron la mirada—. Además, quedan pocas armas nucleares en el mundo, las cuatro grandes superpotencias las controlan, y si las llegasen a usar, podría ser nuestro fin, es por eso que debemos iniciar en dos días más el proyecto Escarlata.

Mientras las autoridades discutían, la voz angelical resonó nuevamente en Aleister, que repetía sin cesar *no lo permitas*.

—¡Cállate! —gritó Aleister, y todos lo quedaron mirando. Tras un breve instante, se reincorporó—. Lo siento, no me refería a ustedes.

—Al parecer nuestro científico se está volviendo loco —espetó a modo de burla la Almirante.

—No, siempre ha sido así —señaló el general del aire, en un tono poco agradable.

—Escuche —dijo Aleister—. Haré lo posible por acelerar el procedimiento, pero no prometo nada. Forzaré el inicio. En dos días más el proyecto Escarlata se dará por finalizado y comenzará su ejecución, pero… si algo llegase a salir mal… ustedes serán los responsables. Ahora, si me permiten, tengo un proyecto que terminar.

Aleister salió rápidamente de la sala para regresar a su oficina. Aquella asamblea le había provocado náuseas y dolor de cabeza, y fue al baño para vomitar lo poco que había comido al almuerzo. Mojó su cara y regresó a su escritorio para revisar los archivos del proyecto Escarlata que ya llevaba tres años. Se dio un tiempo para reflexionar sobre si podía acelerarlo, y concluyó que no tenía otra opción.

Miró por la ventana el cielo del atardecer escarlata durante varios minutos, con la mente perdida en las nubes, hasta que de pronto creyó ver una nube con la forma de un ángel melancólico, como si sollozara por un lastímero infortunio, algo como la muerte de un ser querido… Ya era suficiente, era hora de trabajar.

Tardó unos minutos en llegar al complejo mayor de las industrias Dexir (Departamento de Ingeniería y Recursos), una industria científico—militar, disfrazada de carácter